

le en seguida. Asombrada, vagamente inquieta, se apresuró á subir. Hacía muchos meses que no había visto á la princesa, habiendo dimitido su cargo de secretaria de la Obra del Trabajo, cuando la catástrofe del Universal. No iba, de tarde en tarde, al boulevard Bineau más que para ver á Víctor, domado ahora al parecer por la severa disciplina, bajos siempre los ojos, con su mejilla izquierda más pronunciada que la derecha, frunciendo la boca con una mueca de burlona ferocidad. ¿La llamarían á causa de Víctor?

XII

Marchó con tal lentitud la instrucción del proceso, que siete meses después de la detención de Saccard y de Hamelin, aún no se había terminado el sumario. Un lunes, á mediados de Septiembre, Carolina, que iba dos veces por semana á ver á su hermano, debía estar á las tres en la Conserjería. Jamás pronunciaba el nombre de Saccard y habíase negado formalmente diez veces á acceder á los ruegos apremiantes, que él le había hecho trasmitir, de que lo visitase. Para ella, encastillada en su dignidad, él ya no existía. Y esperando siempre salvar á su hermano, mostrábase muy alegre los días de visita, dichosa con hablarle de sus últimos pasos y con llevarle un gran ramo de flores que tanto le gustaban.

La mañana de aquel lunes ocupábase en preparar un manojito de claveles rojos, cuando la vieja Sofia, la doncella de la princesa de Orviedo, bajó á decirle que la señora deseaba hablar-

le en seguida. Asombrada, vagamente inquieta, se apresuró á subir. Hacía muchos meses que no había visto á la princesa, habiendo dimitido su cargo de secretaria de la Obra del Trabajo, cuando la catástrofe del Universal. No iba, de tarde en tarde, al boulevard Bineau más que para ver á Víctor, domado ahora al parecer por la severa disciplina, bajos siempre los ojos, con su mejilla izquierda más pronunciada que la derecha, frunciendo la boca con una mueca de burlona ferocidad. ¿La llamarían á causa de Víctor?

La princesa de Orviedo estaba al fin arruinada. Le habían bastado diez años escasos para devolver á los pobres los trescientos millones robados de los bolsillos de los crédulos accionistas. Si al principio había necesitado cinco años para gastar en buenas obras locas los cien primeros millones, había llegado, en cuatro años y medio, á consumir los otros doscientos en fundaciones de un lujo más extraordinario todavía. A la Obra del Trabajo, á la Cuna de Santa María, al Asilo de huérfanos de San José, al Refugio en Chantillon y al Hospital en Saint-Marceau, añadiase ahora una Granja Modelo cerca de Evreux, dos Casas de Convalecencia para niños á orillas de la Mancha, otra Casa Refugio para viejos en Niza, Hospicios, Barrios de obreros, Bibliotecas y Escuelas por toda la Francia, sin contar considerables donaciones á los establecimientos de caridad ya existentes. Aquello

era, por lo demás, siempre la misma voluntad de regia restitución, no el pedazo de pan arrojado por la piedad ó por el miedo á los miserables, sino los goces de la vida, lo superfluo, todo lo que es bueno y hermoso dado á los humildes que no tienen nada, á los débiles á quienes los fuertes han robado su parte de dicha, en fin, los palacios de los felices abiertos de par en par á los mendigos de los caminos, para que ellos también duerman en la seda y coman en vajilla de oro. Durante diez años no había cesado la lluvia de millones, los refectorios de mármol, los dormitorios alegrados con pinturas claras, las fachadas monumentales como Louvres, los floridos jardines de plantas raras, diez años de soberbios trabajos en un tropel increíble de contratistas y de arquitectos; y ella era muy feliz, consolada por la gran felicidad de tener en adelante las manos limpias, sin un sueldo, sin un céntimo. Hasta acabó por llegar al asombroso resultado de contraer deudas, se la perseguía por algunos restos de cuentas que ascendían á muchos centenares de miles de francos, sin que su procurador y su notario pudieran conseguir reunir la suma, en el desmigajamiento final de la colosal fortuna, arrojada á los cuatro vientos de la limosna. Y una tablilla, clavada encima de la puerta cochera, anunciaba la venta del hotel, la escobada suprema que se llevaría hasta los vestigios del dinero maldito, amontonado en el lodo y la sangre del brigandaje financiero.

La vieja Sofia esperaba arriba á Carolina para introducirla. Aquella, furiosa, andaba todo el día murmurando. ¡Ah, bien había dicho ella que la señora acabaría por morir en medio de la calle! ¡No debía haberse vuelto á casar la señora, para tener hijos con otro señor, ya que esto era lo único que deseaba en el fondo? Y no es que ella tuviera por qué quejarse é inquietarse, puesto que había recibido hacía mucho tiempo una renta de dos mil francos, que iba á comerse en su país, del lado de Angulema. Pero la arrebató la cólera, cuando pensaba que la señora ni siquiera se había reservado los pocos sueldos que necesitaba, todas las mañanas, para el pan y la leche con que vivía ahora. Sin cesar estallaban disputas entre ellas. La princesa sonreía con su divina sonrisa de esperanza, y contestaba que ya no necesitaría, á fines del mes, más que un sudario, cuando entrase en el convento donde hacía ya mucho tiempo que tenía marcada su plaza, un convento de Carmelitas cerrado al mundo entero. ¡El reposo, el eterno reposo!

Carolina encontró á la princesa tal como la veía hacía cuatro años, vestida con su eterno traje negro, ocultos los cabellos bajo un *fichu* de encaje, linda todavía á los treinta y nueve años, con su cara redonda y sus dientes de perlas, pero amarilla la tez, muerta la carne, como después de diez años de claustro. Y la estrecha pieza, parecida al despacho de un escribano de provincia, estaba llena por un amontonamiento de

papelotes, aún más inextricable, planos, memorias, legajos, todo el papel amasado en un despilfarro de trescientos millones.

—Señora—dijo la princesa con su voz dulce y lenta, que ninguna emoción hacía ya ni siquiera temblar—he querido daros una noticia que me han traído esta mañana... Se trata de Víctor, ese muchacho que habéis colocado en la Obra del Trabajo.

El corazón de Carolina comenzó á latir dolorosamente. ¡Ah, el miserable niño, á quien su padre ni aun había ido á ver, á pesar de sus promesas formales, durante los meses que conocía su existencia, antes de ser encerrado en la Conserjería! ¿Qué sería de él en adelante? Y ella que se prohibía pensar en Saccard, era arrastrada hacia él continuamente, trastornada por su maternidad de adopción.

—Ha ocurrido ayer algo muy grave—continuó la princesa—un crimen que nada podría reparar.

Y contó, con su helado acento, una espantosa aventura. Hacía tres días que Víctor se había hecho llevar á la enfermería, alegando insupportables dolores de cabeza. El médico había sospechado una mentira de perezoso; pero el niño era realmente víctima de frecuentes neuralgias. Aquella tarde se encontraba en la Obra del Trabajo Alicia de Beuvillers, que había ido, sin su madre, para ayudar á la hermana de servicio á hacer el inventario trimestral del armario de las

médicinas. Este armario estaba en la pieza que separaba los dos dormitorios, el de las niñas y el de los niños, donde no había en aquel momento nadie más que Víctor, acostado, en una de las camas; habiéndose ausentado la hermana algunos minutos, tuvo la sorpresa, al volver, de no encontrar á Alicia, y se puso á buscarla después de haber esperado un instante. Su asombro había aumentado al notar que acababa de ser cerrada por dentro la puerta del dormitorio de los niños. ¿Qué sucedía? Había tenido que dar la vuelta por el corredor, y quedó estupefacta por el espectáculo que se ofreció ante ella: la joven, medio estrangulada, con una servilleta atada sobre su rostro para ahogar sus gritos, y sus faldas levantadas en desorden, mostraba su pobre desnudez de virgen clorótica, forzada, mancillada con una brutalidad inmundada. En el suelo había un portamonedas vacío. Víctor había desaparecido. Y se reconstruía la escena: Alicia, llamada acaso, entrando para dar un tazón de leche, á aquel muchacho de quince años, velludo como un hombre; después el brusco apetito del monstruo por aquella carne delicada, aquel cuello excesivamente largo; el salto del macho en camisa; la joven sofocada, echada sobre la cama como un trapo, violada, robada; y las ropas puestas á escape, y la huida. ¡Pero cuántos puntos oscuros, cuántas cuestiones asombrosas é insolubles! ¿Cómo no se había oído nada, ni un ruido de lucha, ni una queja? ¿Cómo cosas tan

espantosas se habían realizado tan pronto, en diez minutos apenas? Sobre todo, ¿cómo Víctor había podido escaparse, evaporarse por decirlo así, sin dejar una huella? Porque, después de haberlo buscado de la manera más minuciosa, se había adquirido la certeza de que no estaba en el establecimiento. Debía haber huido por la sala de baños, que daba al corredor, y una de cuyas ventanas se abría encima de una serie de techos escalonados, que iban hasta el boulevard; y aún este camino ofrecía tales peligros, que muchos no querían creer que un ser humano hubiera podido seguirlo. Alicia, llevada á casa de su madre, estaba en cama, destrozada, enloquecida, sollozante, sacudida por una fiebre terrible.

Carolina escuchó aquel relato con un pasmotal, que le parecía que toda la sangre de su corazón se helaba. Se había despertado en ella un recuerdo, que la aterraba por una espantosa relación: Saccard, en otro tiempo, poseyendo á la miserable Rosalía sobre un escalón, rompiéndole el hombro en el momento de la concepción de aquel niño que había conservado de ello como una mejilla aplastada; y, ahora, Víctor violentando á su vez á la primera joven que le entregaba la suerte. ¡Dios mío! ¡Aquella joven tan dulce, el fin desolado de una raza, que estaba á punto de darse á Dios, no pudiendo tener un marido, como todas las demás! ¿Tendría alguna significación aquel choque imbécil y abominable? ¿Por qué haber roto esto contra aquello?

—No quiero dirigiros ningún reproche, señora—concluyó la princesa—porque sería injusto hacer llegar hasta vos la menor responsabilidad. Pero, verdaderamente, teníais allí un protegido bien terrible.

—Y, como si se hubiera verificado en ella una asociación de ideas, inexpresada, añadió, sin transición aparente:

—No se vive impunemente en ciertos medios.... Yo misma he sentido los mayores remordimientos de conciencia, me he sentido cómplice, cuando, últimamente, se ha derrumbado ese banco, amontonando tantas ruinas y tantas iniquidades. Sí, yo no habría debido consentir que en mi casa naciese una abominación semejante. En fin, el mal está hecho, la casa será purificada, y á mí, ¡oh! yo ya he muerto, Dios me perdonará.

Había reaparecido su pálida sonrisa de esperanza al fin realizada, y daba á entender con un gesto su salida del mundo, su desaparición para siempre como buena diosa invisible. Carolina le había cogido las manos, y se las estrechaba, se las besaba, trastornada de tal modo por los remordimientos y la piedad, que balbuceaba palabras sin hilación.

—No os esforcéis en excusarme, soy culpable.... Quiero ver á esa desdichada niña, corro á verla enseguida....

Y se fué, dejando á la princesa y á su vieja Sofia comenzar á hacer sus preparativos para el

gran viaje que debía separarlas, después de cuarenta años de vida común. Tres días antes, el sábado, la condesa de Beauvilliers se había resignado á abandonar su hotel á sus acreedores. Hacía seis meses que no pagaba los intereses de las hipotecas, y la situación se había hecho intolerable; en medio de los gastos de todas clases, en la continua amenaza de una venta judicial; y su mismo procurador le había aconsejado que lo abandonase todo, que se retirase al fondo de un pequeño cuarto, donde viviría sin gastos, mientras que él trataría de liquidar las deudas. Ella no habría cedido, se habría obstinado acaso en guardar su rango, su mentira de fortuna intacta, hasta el aniquilamiento de su raza, bajo el derrumbamiento de los techos, sin una nueva desgracia que la había aterrado. Su hijo Fernando, el último de los Beauvilliers, el joven inútil, apartado de toda ocupación, hecho zuavo pontificio para escapar á su nulidad y su ociosidad, había muerto en Roma, sin gloria, tan pobre de sangre, tan castigado por el sol excesivamente pesado, que no había podido batirse en Mentana, con fiebre ya, enfermo del pecho. Entonces hizose en ella como un brusco vacío, sintió un hundimiento de todas sus ideas, de todas sus voluntades, del laborioso andamiaje que, hacia tantos años, sostenía tan dignamente el honor del nombre. Bastaron veinticuatro horas, la casa estaba agrietada, y la miseria apareció, dolorosa, entre los escombros.

Fué vendido el viejo caballo, quedó sólo la cocinera que hacía, con delantal sucio, su comprado sueldos de manteca y un kilo de judías secas, la condesa fué vista á pié en la calle con las ropas manchadas de barro y con botinas que dejaban entrar el agua. Aquello era la indigencia de la noche á la mañana, el desastre se llevaba hasta el orgullo de aquella creyente de los tiempos pasados, en lucha contra su siglo. Y se había refugiado con su hija en la calle de Tour-des-Dames, en casa de una antigua vendedora de objetos de tocador, que se había hecho devota, que subarrendaba habitaciones amuebladas á sacerdotes. Habitaban allí las dos una gran pieza desnuda, de una miseria digna y triste, cuyo fondo estaba ocupado por una alcoba cerrada. Había en ésta dos pequeñas camas, y cuando las puertas, vestidas del mismo papel que las paredes, estaban cerradas, la pieza se transformaba en salón. Esta feliz disposición las había consolado un poco. Pero no hacía dos horas que la condesa se hallaba instalada allí, el sábado, cuando una visita inesperada, extraordinaria, la sumió en una viva angustia. Alicia acababa de salir, felizmente, á hacer un encargo. Era Busch, con su cara aplastada y sucia, su levita grasienta y su corbata blanca rodeada como una cuerda, que, advertido sin duda por su olfato del minuto favorable, se decidía al fin á realizar su antiguo negocio del reconocimiento de diez mil francos, firmado por el

conde á Leonia Cron. De una ojeada por la habitación, había juzgado la situación de la viuda: ¿habría tardado demasiado tiempo? Y como hombre capaz, cuando llegaba la ocasión, de urbanidad y de paciencia, explicó largamente el asunto á la condesa asustada. Aquella era ¿no es cierto? la letra de su marido, lo que establecía claramente la historia: una pasión del conde por la joven; una manera de conseguirla, desde luego, después, de desembarazarse de ella. Ni siquiera lo ocultó que, legalmente, y después de cerca de quince años, no la creía obligada á pagar. Pero él no era más que el representante de su cliente, y sabía que ésta estaba resuelta á acudir á los tribunales, á armar el más espantoso de los escándalos, si no se transigía. La condesa, pálida, herida en el corazón por aquel horrible pasado que resucitaba, asombróse de que se hubiera esperado tanto tiempo antes de dirigirse á ella; pero él había inventado una historia, la pérdida del documento, encontrado al fin en el fondo de un baul; y como ella rehusase definitivamente examinar el asunto, él se marchó, siempre muy cortés, diciendo que volvería con su cliente, no al día siguiente, porque ésta no podía dejar el domingo la casa donde trabajaba, pero con seguridad el lunes ó el martes.

El lunes, en medio de la espantosa aventura ocurrida á su hija, desde que se la habían traído delirante, y que la velaba con los ojos cegados por las lágrimas, la condesa de Beauvilliers no se

acordaba ya de aquel hombre de tan mal aspecto ni de su cruel historia. Acaba, al fin, Alicia de dormirse, y la madre se había sentado, rendida, destrozada por aquel encarnizamiento de la suerte, cuando Busch presentóse de nuevo, acompañado ahora de Leonida.

—Señora, aquí está mi cliente, y va á ser preciso acabar.

Ante la aparición de la mujerzuela, estremióse la condesa. Mirábala vestida de colores chillones, con sus ásperos cabellos negros caídos sobre las cejas, su rostro ancho y fofo, la inmundicia de toda su persona, gastada por diez años de prostitución. Y sentíase atormentada, herida en su orgullo de mujer, después de tantos años de perdón y de olvido. ¡Dios mío! Y el conde le hacía traición por criaturas destinadas á caer tan bajo!

—Es preciso acabar—insistió Busch—porque mi cliente tiene mucho que hacer en la calle Feydeau.

—¡Calle Feydeau!—repitió la condesa sin comprender.

—Sí, está allí..... En fin, está allí en una casa.

Trastornada, temblándole las manos, la condesa fué á cerrar completamente la alcoba, una sola de cuyas hojas estaba entornada. Alicia, en su fiebre, acababa de agitarse bajo la cubierta. ¡Con tal que se volviese á dormir, que no viese, que no oyese!

Busch añadía:

—Vaya, señora, entendedlo bien.... Esta señorita me ha encargado de su asunto, y yo la represento sencillamente. Por eso he querido que viniese ella en persona á exponer su reclamación.... Vamos, Leonida, explicaos.

Inquieta, embarazada en el papel que él la hacía representar, ésta lo miró con sus ojos recelosos de perro castigado. Pero la esperanza de los mil francos que le había prometido, la decidió. Y con su voz ronca, rasgada por el alcohol, mientras que él sacaba y desdoblaba de nuevo el reconocimiento del conde:

—Sí, ese es, ese es el papel que me firmó el señorito Carlos.... Yo era la hija del carretero, de Cron el cabrón, como le llamaban, ya sabéis, señora.... Y entonces, el señorito Carlos estaba siempre cogido á mis faldas, pidiéndome porquerías. Esto me disgustaba. Cuando una es joven ¿verdad? no sabe nada, y no es amable con los viejos.... Y entonces, el señorito Carlos me firmó el papel, una noche que me llevó á la cuadra....

En pie, crucificada, la condesa la dejaba hablar, cuando le pareció oír un gemido en la alcoba. Hizo un gesto de desesperación.

—¡Callaos!

Pero Leonida se había disparado, quería acabar.

—Dígase lo que se quiera, no es honrado, cuando no se quiere pagar, perder á una joven

buená.... Sí, señora, vuestro señorito Carlos era un ladrón. Esto piensan todas las mujeres á quienes cuento el caso.... Y yo os respondo de que la cosa valía bien el dinero.

—¡Callaos, callaos!—gritó furiosamente la condesa levantando los brazos, como para aplastarla, si continuaba.

Leonida tuvo miedo, y alzó el codo para proteger su cara, con el movimiento instintivo de las mujerzuelas acostumbradas á las bofetadas. Y reinó un espantoso silencio, durante el cual pareció que un nuevo gemido, un rumor de llanto sofocado, salía de la alcoba.

—En fin, ¿qué queréis?—dijo la condesa temblando, bajando la voz.

En este punto, Busch intervino de nuevo.

—Pero, señora, esta muchacha quiere que se le pague. Y la desdichada tiene razón al decir que el señor conde de Beauvilliers obró mal con ella. Esto es sencillamente una estafa.

—Nunca pagaré semejante deuda.

—Entonces, vamos á tomar un coche, al salir de aquí, y á ir al juzgado, donde presentaré la demanda que he redactado de antemano, y que veís aquí.... En ella están relatados todos los hechos que os ha dicho esta señorita.

—Caballero, eso es una estafa abominable, vos no haréis eso.

—Dispensadme, señora, voy á hacerlo al instante. Los negocios son los negocios.

Una fatiga inmensa, un supremo desaliento

invadió á la condesa. Acababa de quebrarse el último orgullo que la tenía en pie, y cayó toda su violencia, toda su fuerza. Juntó las manos y balbuceó:

—Pero ya veis cómo estamos. Mirad esta habitación. No tenemos nada, acaso mañana no nos quedará ni de que comer. De dónde queréis que yo saque el dinero? Diez mil francos, Dios mío!

Busch sonrió como hombre acostumbrado á pescar en estas ruinas.

—Oh! señoras como vos siempre tienen recursos. Buscando bien, se encuentra.

Hacia un momento que miraba, sobre la chimenea, un viejo cofrecillo de alhajas, que la condesa había dejado allí por la mañana, al acabar de vaciar un baúl; y olfateaba pedrerías, con la certeza del instinto. Sus ojos brillaron con tal fuego, que ella siguió su dirección, y comprendió.

—¡No, no!—exclamó.—¡Las alhajas, jamás!

Y aumentó el temblor de sus manos, y cogió el cofrecillo, como para defenderlo. ¡Aquellas últimas alhajas, tanto tiempo hacia en la familia, aquellas pocas alhajas que habia conservado á través de las mayores escaseces, como la única dote de su hija, y que eran en aquel momento supremo su único recurso!

—¡Jamás, antes preferiría dar pedazos de mi carne!

En aquel momento, Carolina llamó y entró.

Llegaba trastornada, y se quedó sobrecogida por la escena, en medio de la cual caía. Con una frase, suplicó á la condesa que no se interrumpiese por ella; y se habría marchado sin un gesto suplicante de aquella, que creyó comprender. Retiróse al fondo de la pieza, y allí se estuvo en pie.

Busch acababa de ponerse el sombrero, mientras que, más embarazada á cada momento, Leonida se dirigía á la puerta.

—Entonces, señora, no nos queda más que retirarnos.

Sin embargo, no se retiraba. Repitió toda la historia en términos más vergonzosos, como si hubiera querido humillar todavía á la condesa delante de la recién llegada, aquella señora á quien afectaba no reconocer, según su costumbre, cuando estaba en negocios.

—Adiós, pues, señora, de aquí nos vamos al Juzgado. Antes de tres días, saldrá en los periódicos el relato completo. Vos lo habréis querido.

—¡En los periódicos! ¡Aquel espantoso escándalo, sobre las ruinas mismas de su casa! ¡No era ya bastante ver caer en polvo la antigua fortuna; era menester que todo se hundiese en el fango! ¡Ah, que se salvase al menos el honor del nombre! Y con un movimiento maquinal, abrió el cofrecillo. Aparecieron los pendientes, el brazalete, tres sortijas, brillantes y rubíes, con sus monturas antiguas.

Busch se aproximó vivamente. Sus ojos se enternecieron con una dulzura de caricia.

—¡Oh! Ahí no hay por valor de diez mil francos.... Permitid que vea.

Ya, una á una, tomaba las alhajas, las volvia, las alzaba en el aire, con sus gordos dedos temblorosos de enamorado, con su pasión sensual por las pedrerías. La pureza de los rubies, sobre todo, pareció sumirlo en un éxtasis. Y aquellos brillantes antiguos, si á veces mal tallados, ¡qué luces tan maravillosas!

—¡Seis mil francos!—dijo con una voz dura de pregonero de subasta—ocultando su emoción bajo esta cifra de estimación total. No cuento más que las piedras, las monturas no valen más que para fundirlas. En fin, nos contentaremos con seis mil francos.

Pero el sacrificio era muy rudo para la condesa. Tuvo un despertar de violencia, le quitó las alhajas y las apretó con sus manos convulsas. ¡No, no! Era demasiado exigir de ella que echase todavía al abismo aquellas pocas piedras, los últimos restos del naufragio, que había llevado su madre, que su hija debía llevar el día de su matrimonio. Y ardientes lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, con tal dolor trágico que Leonida, conmovido el corazón, llena de piedad, se puso á tirar á Busch de la levita para obligarlo á partir. Ella quería irse, porque, en fin, le daba lástima apenar tanto á aquella pobre señora que parecía tan buena. Busch, muy frío, seguía la escena, seguro ahora de llevárselo todo, sabiendo por su larga expe-

riencia que las crisis de lágrimas en las mujeres anuncian la ruina de la voluntad; y esperaba.

Acaso se habría prolongado la horrible escena, si en aquel momento no se hubiera dejado oír una voz lejana, desgarradora, sollozante. Era Alicia que gritaba desde el fondo de la alcoba.

—¡Oh, mamá, me matan!.... ¡Dáselo todo, que se lo lleven todo!.... ¡Oh, mamá, que se vayan!.... ¡Me matan, me matan!

Entonces la condesa hizo un gesto de abandono desesperado, un gesto en el cual habría dado su vida. Su hija había oído, su hija se moriría de vergüenza. Y tiró las alhajas á Busch, y apenas le dió tiempo para poner sobre la mesa, en cambio, el reconocimiento del conde, empujándolo afuera, detrás de Leonida que había desaparecido. Luego fué á abrir la alcoba y se dejó caer sobre la almohada de Alicia, ambas acabadas, aniquiladas, mezclando sus lágrimas.

Carolina, indignada, había estado un momento á punto de intervenir. ¿Dejaría al miserable despojar así á aquellas dos pobres mujeres? Pero ella había oído también la innoble historia, ¿y qué hacer para evitar el escándalo? porque ella sabía que aquel hombre era capaz de llevar hasta el fin sus amenazas. Ella misma estaba avergonzada ante él, en la complicidad de los secretos que había entre ellos. ¡Ah, cuántos sufrimientos, cuánta basura! Sentíase invadida de un gran malestar: ¿qué había ido á hacer allí,

puéstó que no encontraba ni una palabra que decir, ni un socorro que dar. Todas las frases que le acudían á los labios, las preguntas, las simples alusiones, á propósito del espantoso drama de la vispera, le parecían mortificantes, imposibles de arriesgar delante de la víctima, trastornada todavía, muriendo de su manilla. ¿Y qué socorros habría podido dejar, que no parecieran una limosna irrisoria, ella igualmente arruinada, muy apurada ya para esperar el fin del proceso? Adelantóse al fin, los ojos llenos de lágrimas y los brazos abiertos, con una piedad infinita, y un profundo enternecimiento que la ponían toda temblorosa. Todo lo que quedaba de la antigua raza de los Beauvilliers, en otro tiempo tan poderosa, soberana, era aquellas dos miserables criaturas hundidas, acabadas, en el fondo de la pobre alcoba de una casa amueblada. Esa raza había tenido tierras tan grandes como un reino, le habían pertenecido veinte leguas del Loira, castillos, praderas, labores, bosques. Luego, aquella inmensa fortuna patrimonial se había ido yendo poco á poco con el transcurso de los siglos, y la condesa acababa de anegar el último resto en una de esas tempestades de la especulación, de que ella no entendía nada: primero sus veinte mil francos de economías, ahorrados sueldo á sueldo para su hija, después los sesenta mil francos tomados á préstamo sobre las Aublets, luego esta granja entera. El hotel de la calle de

San Lázaro no pagaría á los acreedores. Su hijo había muerto lejos de ella y sin gloria. Le habían llevado á su hija herida, mancillada por un bandido, como se lleva á su casa, sangriento y cubierto de lodo, á un niño que acaba de aplastar un carruaje. Y la condesa, tan noble aun poco antes, delgada, alta, toda blanca, con su gran aire anticuado, no era ya más que una pobre vieja destruida, destrozada por aquella devastación, mientras que, sin belleza, sin juventud, mostrando la desgracia de su cuello demasiado largo, en el desorden de su camisa, Alicia miraba con ojos de loca, donde se leía el mortal dolor de su último orgullo, de su virginidad violentada. Y las dos sollozaban siempre, sollozaban sin fin. Carolina no pronunció ni una palabra, las cogió simplemente á las dos, y las apretó estrechamente contra su pecho. No encontraba otra cosa, lloraba con ellas. Las dos desgraciadas comprendieron y redoblaron sus lágrimas, más dulces. Si aquello no tenía consuelo posible, ¿no era preciso vivir aún, vivir á pesar de todo? Cuando Carolina estuvo de nuevo en la calle, vió á Busch en gran conferencia con la Mechain. Lo vió parar un carruaje, empujar en él á Leonida, y desaparecer. Carolina apresuró el paso, pero la Mechain se dirigió hacia ella. La esperaba sin duda, porque en seguida le habló de Víctor, informada ya en persona de lo que había pasado la vispera en la Obra del Trabajo. Desde